

males la idea que lleva como un verbo divino invisible sobre su cabeza: lo distingue la llama que lleva en sus manos y que ha encendido con su industria. Ningún animal sabe hacer fuego. La tenue lucecilla, columbrada por el Almirante, crecía y menguaba y andaba en opuestas direcciones, como una candela que se moviese á la mano y vacilase al movimiento. No pertenecía por su duración á los pasajeros aereolitos, frecuentes en aquellas inmensas perspectivas; no pertenecía por su color y por sus dimensiones y por su singularidad á las piedras candentes y luminosas lanzadas por los volcanes y sus eruptivas lavas; no era fuego fatuo, que fosforea como el fuego marino, y menos aun estrella que resplandece por las alturas etéreas: era, ó la llama de un hogar, ó la tea de un viandante. Adivinóla él, entre todos, porque ningún marino contempló nunca el polo inmóvil, que le fija un punto del cielo en su ruta por el mar, como este marino mirara el polo móvil, cuyos resplandores y centelleos esclarecían todas sus esperanzas, anunciándole con avisos bien ciertos el cumplimiento de proyectos bien maduros. Colón, meditando sobre su plan, tuvo despierto alucinaciones que debieron parecerle sueños y dormido sueños que debieron parecerle alucinaciones. En aquella luz tan tenue reconcentrábanse al par el alma y la vida suyas: de ser verdad, la gloria inmortal; de ser mentira, la muerte tras la desesperación. Así, frotaba mucho sus ojos, como si quisiese azuzarlos con los puños á columbrar más y mejor aquel puntillo imperceptible casi en el horizonte inmenso. No estaba cierto de nada, en la confusión de ilusiones con realidades y en el recuento de antiguos desengaños sucedidos tras seguras esperanzas; y llamó al maestresala del Rey, quien se arrestó en Palos á seguirle, y que por su dignidad y posición estaba de él á la continua cerca, y le dijo cómo habían vislumbrado sus ojos una luz, y le preguntó si la veía él á su vez con sus ojos propios, más atestiguadores y más fidedignos por menos alucinados é hipnóticos. El maestresala respondió que veía la luz; y Colón, en su júbilo, no acertaba con la palabra propia del estado de su

ánimo, en una efusión radiosa y comunicativa. Para cerciorarse más, llamaron al veedor de la flota, Rodrigo de Segovia. Pero, sin duda, como tenía encargo de ver, el veedor no vió nada. Cayó en la misma obscuridad anterior el horizonte y Colón en el mismo anterior anhelo. Pero la flotilla continuaba navegando muy de prisa y con viento muy fresco y próspero. Aunque soltaron pocos rizos, empujábala muchísimo la corriente continua. Colón pasó la media noche sobre cubierta, inmóvil, rígido, frío, como una estatua, absorto en contemplaciones parecidas á éxtasis. Sabía que más andadoras la *Pinta* y la *Niña*, por menos pesadas, eran las apercebidas mejor y más dispuestas á topar primero con tierra, y dejaba que lo precediesen á él, no curándose de nada en aquel supremo instante, sino de dar con el apetecido hallazgo. Tocóle tal buen acaso á la *Pinta*. Eran las dos, poco más ó menos, cuando al centelleo de las estrellas y á las fosforescencias del mar, un tripulante, sevillano, de ojo certerísimo, hecho, como los ojos del ave nocturna y del gato doméstico, á ver en las tinieblas, gritó tierra. Y en cuanto el marino gritó tierra, Martín Alonso Pinzón soltó un cañonazo, cuyo estampido resonó con resonancias portadoras de infinitos consuelos en las tres hipnotizadas tripulaciones, las cuales no daban fe al testimonio de los sentidos propios tras tantas perplejidades y angustias. Nunca debió estar Colón más fuera de sí, entre nerviosas agitaciones y eléctricos sacudimientos, como al encontrarse con la tierra buscada enfrente y no poder verla. Sus oídos se aguzarían á percibir y sus ojos á columbrar el misterio ya escudriñado por la propia idea y cubierto en minutos parecidos á eternidades por la negra noche. Cualquier ligero accidente podía malograr el encuentro; cualquier mal paercibida traza destruir la obra en aquel extraordinario momento. ¡Cuán fácil cosa en la orilla perderse y ahogarse! Largas noches las noches de Octubre ya; tardo el día próximo venidero. Colón hubiese querido arrancar el paño de las tinieblas al mundo encontrado por su fe viva y por su constancia incontrastable. ¿Qué

sería? ¿Sería un edén ó sería un desierto? ¿Les aguardaba el cumplimiento de una esperanza tan acariciada ó el dolor de un engaño monstruoso? La tierra inventada, ¿valdría el trabajo y el tiempo en ella consumidos? Quizás les aguardaban monstruos, capaces de acometerlos con rabia hidrófoba y razas capaces de recibirlos con resistencias cruentas y guerras y combates á muerte. Quizás resultaría un páramo sin fauna y sin flora y sin pobladores y sin productos y sin provechos, impropio para devolver en cosecha de bienes todo cuanto había pedido de afa-nes. Dos profecías batallaban á la continua en los presentimien-tos de Colón: religiosa la una y materialista la otra. Parecíale unas veces que debía encontrar el paraíso devuelto á la huma-nidad, el paraíso de los primeros días de la creación, cuyas re-miniscencias llevamos á la continua dentro del alma, en confor-midad con sus efusiones místicas de franciscano laico y mili-tante; y parecíale otras veces que iba con el Preste cristiano de las Indias á topar, puesto el buen Juan, según le llamaban, so-bre un trono áureo y bajo un pabellón de perlas y brillantes y rubíes y zafiros, en conformidad con lo leído para desempeñar su ministerio de inventor y cosmógrafo. Por fin rayó el alba. Por fin, al resplandor perla de la suave alborada, se fué dibujando el islote, de suyo parecido en sus risueños deslumbradores as-pectos á nueva creación. Así como en las regiones del Norte aparece la tierra más hermosa tras una mañana de neblinas disipadas al resplandor del sol de mediodía, este intervalo entre los tenebrosos misterios de la noche y los claros efluvios del alba debió hacer que resaltaran á los ojos del descubridor las tierras aquéllas bajo un cielo azul y etéreo; sobre un mar jaspeado con toda suerte de colores; dentro de un cinturón de arrecifes que parecían piedras preciosas; con alfombras de arenales áureos tendidos por las riberas recortadas á modo de anfiteatro; con un puerto hecho por la naturaleza misma en gra-ciosísimo recodo de la ensenada, tan profunda cual quieta al amor de sus dormidas aguas; por monte cónico rematadas, muy

semejante á espléndida corona; revestidas de árboles gigantes, cargados con frutos llenos de mieles y flores llenas de aromas; con huertos de ramilletes ceñidos y de aves poblados, despi-diendo esencias gustosas al olfato y gorjeos acariciadores del oído; con un lago en medio, lago de agua dulce, cuyos cristales repetían en sus reflejos aquella natural hermosura y cuyos va-pores refrigeraban el ambiente, de suyo caluroso: espectáculos increíbles á la vista, entonces alucinada y extática, como si re-sultase, al cumplirse tan vivo deseo, la victoria definitiva el ma-yor de los engaños y la realidad cierta el mayor de los embus-tes. Colón volvió á ese magnético estado á que la ciencia llama hipnosis, nervioso desarreglo producido tanto por excesos de alegría como por excesos de dolor, en los cuales parece cual-quiera un sonámbulo que sueña despierto y que anda dormido. El éxtasis debió seguir á esta grande alucinación. Y en el éxta-sis debió haber muchos efectos de la sorpresa, pues no creía cumplido el deseo, aunque ya logrado; y muchos arrebatos de la religiosidad, atribuyendo á milagro del cielo aquella increíble aparición en el espacio; y muchos júbilos del ánimo desatinado al golpe de tales nuevas emociones juntas; y muy grande admi-ración, rayana con el embobamiento producido en los seres ena-morados por las personas amadas; y una contemplación como aquella puesta por el venerable pintor Angélico en los rostros de sus místicos, arrobados al escuchar las melodías angélicas ó ver la Santa Trinidad. El paso desde la mar solitaria é inacabable al islote, de campestre vida muy henchido y rebosante, debía pa-recerse al paso del espacio sin luz al espacio iluminado por la palabra creadora en los primeros versículos del *Génesis*. Colón se ciñó las más ricas vestiduras y se arrolló al hombro un manto de roja púrpura; con una mano asió la espada del combate y con la otra mano asió la cruz del Redentor; hizo que le cubrieran la cabeza como un palio los pabellones recamados de oro en que iban bordadas las cifras Reales de realce y la castellana corona; llamó como corte y cortejo de aquella ceremonia sin precedente